

Leo Barizzoni

Leo Barizzoni (Montevideo, 1971) trabaja en prensa desde 1994, actualmente es jefe de fotografía de la revista Galería y docente de fotografía de la Universidad ORT.

Ha publicado *Imágenes caminantes* (2005, Banda Oriental), *Uruguayos* (2008, Santillana), *Buitres... el cielo puede esperar* (2010, Santillana) y es coautor de *Bolíches montevideanos* (2005, Banda Oriental). Ha expuesto, entre otras, *Piñeyreando* (1997), *París en Foco* (1999), *Hall* (2001) e *Imágenes caminantes I y II* (1996 y 2003). En noviembre inauguró una muestra fotográfica en la Fundación Atchugarry en Mariantiales, Maldonado.



Montevideo 2006



Montevideo 1993



Luis Flores 2006



Paris 2005



Madrid 1998



Paris 1998



Mi padre, Raúl Barizzoni, trabajó durante cincuenta años ininterrumpidos como periodista deportivo. Fue relator, fue comentarista: su vida era el fútbol. Es decir que desde que nací tuve una pelota en los pies, y en la cabeza. Lo acompañaba religiosamente todos los fines de semana al estadio; miraba el partido sentado debajo de la cabina de radio desde donde él comentaba y luego, al momento del pitazo final, me armaba mi propio partido. Con varios vasos de Coca Cola (los de antes, los de papel) superpuestos y aplastados, armaba una pelota y jugaba partidos geniales junto a algún rival de mi misma altura, en el corredor detrás de las cabinas de cada una de las radios. Más de un periodista que actualmente sigue relatando salía de la cabina, con mucha razón, a quejarse de los gritos, de los goles, de los fouls y de los zapatazos que interferían en su labor radial. Algunos fueron goles inolvidables y sus autores cambiaban, según su desempeño en la cancha, cada fin de semana.

Más tarde, siempre con mi padre como referente, jugué e hice el camino de las inferiores, entrenando diariamente, haciendo las pretemporadas y soñando con el gran gol y con el gran pase al exterior. Eran tiempos de amor por el fútbol, de un mundo que era redondo como la pelota. A los veinte decidí abandonarlo: el amor ya no era tal, se había ido; ya no veía futuro ni sentía la misma pasión. Me costó, y mucho, saber que no le iba a dar la gran satisfacción a mi padre de comentarme por la radio o de tener que opinar al aire, objetivamente, sobre la actuación de su hijo. Pero como él me dijo muchas veces: "Me diste grandes satisfacciones en las inferiores, integraste una juvenil y jugabas bárbaro". Un padre siempre ama a su hijo, pienso yo.

Desde ese momento hasta la partida de mi padre de mi lado, mi amor por el fútbol pasó a ser él: escucharlo por la radio, en los partidos y en las audiciones, leerlo en los diarios y, durante unos años, verlo en la televisión hablando sobre lo que él más amaba, su fútbol, su vida. Escuchar sus comentarios cada fin de semana me hacía un tipo feliz. Y supe disfrutarlo.

Quizás inconscientemente, por todas estas cosas, saco fotos de gente jugando al fútbol. Sin proponérmelo, sin hacerlo especialmente, cuando voy caminando, por la ciudad que sea, en el momento de ver una pelota me detengo... e intento meter un gol con mi cámara.

Leo Barizzoni